

CIME: Panel I. Hombres, vida laboral, familiar y personal

TITULO DE LA PONENCIA: *“Los mitos de la masculinidad y el romanticismo patriarcal. Análisis de la construcción sociocultural de la identidad masculina y de las relaciones amorosas con hombres y mujeres”.*

NOMBRE DE LA AUTORA: Coral Herrera Gómez

FILIACIÓN: Lectora de español en la Universidad de La Sorbona, París.

Doctora en Humanidades y Comunicación por la Universidad Carlos III de Madrid.

EMAIL: koriakino@gmail.com

RESUMEN: Este texto trata sobre el análisis de la construcción social y cultural del amor romántico y su influencia en el aprendizaje emocional de varones y mujeres. La autora lleva a cabo una reflexión acerca de la ideología hegemónica patriarcal que recorre los procesos sociales y determina nuestras formas de construir nuestra identidad, y de relacionarnos con los demás. Los mitos cumplen a nivel cultural una función integradora y de perpetuación del statu quo porque ofrece unos modelos amorosos basados en la ideología patriarcal. Algunos de ellos son el mito de la monogamia, el mito de la heterosexualidad normativa, el matrimonio por amor entre adultos, el amor para siempre, el mito de la media naranja... que se sustentan en el mito base del romanticismo: el mito del príncipe azul y el mito de la princesa rosa, basados en la disimilitud de roles de género y en estereotipos idealizados. La pareja se nos presenta como el único sistema amoroso posible, y además aparece mitificado; por ello es idealizado por millones de personas como el camino para

poder autorrealizarse y ser feliz. Así, el sistema logra, a base de un proceso de seducción basado en una utopía emocional colectiva, una perpetuación de su estructura patriarcal en el área del deseo y los sentimientos. Nos centraremos en reflexionar sobre cómo las propuestas en torno a la construcción de la identidad masculina están basadas en unos estereotipos que constriñen la libertad individual y la libertad para relacionarnos, y cómo la virilidad ha sido durante milenios una tiranía para los varones que no han cumplido con las normas hegemónicas de la masculinidad violenta y exitosa.

Analizaremos mitos masculinos como el de Don Juan o el Príncipe Azul para entender cómo los modelos que se nos ofrecen a mujeres y hombres son contrapuestos, pero complementarios. De este modo, nos relacionamos tratando de hallar a la persona ideal, porque nos han contado que hay un ser destinado a nosotros que nos amará para siempre, pero también por la necesidad de cumplir con unas expectativas sociales, económicas y políticas que estén acordes con el sistema heterosexual, monogámico, y orientado a la reproducción. La propuesta es liberarnos de esas normas patriarcales que constriñen nuestras identidades, nuestra sexualidad y nuestros sentimientos, y construir relaciones más igualitarias. Se trata, en definitiva, de inventar nuevos modelos de relación, probar diferentes formas de quererse, de comunicarse, de tratarse bien, y expandir el amor hacia la colectividad, pues solo así lograremos un mundo más amable e igualitario.

PALABRAS CLAVE: identidades, romanticismo, mitos, amor, igualdad.

INTRODUCCIÓN

El amor romántico occidental, como todas las construcciones creadas social y culturalmente, está atravesado por una ideología hegemónica de carácter patriarcal. Las principales características de la ideología romántica burguesa son las de un sistema basado en la pareja monogámica, heterosexual, entre adultos, orientado a la procreación y bendecido por la sociedad, la Iglesia y el Estado.

Nuestro sistema amoroso surge paralelamente al inicio del individualismo burgués, ya que su premisa para amarse es la libertad de elección de pareja, y lo que H.D. Lawrence denominó “egoísmo a dúo”, que es una forma de relación basada en la dependencia, la búsqueda de seguridad, necesidad del otro, la renuncia a la interdependencia personal, los celos, la rutina, adscripción irreflexiva a las convenciones sociales, el enclaustramiento mutuo...

Normalmente tendemos a pensar que las normas amorosas, morales y sexuales occidentales siguen los dictados de la naturaleza; la Ciencia se ha encargado de legitimar esta visión, hasta llegar incluso a afirmar que el mito de la monogamia y la fidelidad sexual es una realidad biológica y universal, negando su carácter cultural.

También la heterosexualidad es un mito que recorre nuestra cultura y que presenta como *normal* lo que en realidad es una opción sexual más, y como *desviadas* todas las demás opciones. La necesidad de parejas heterosexuales que formen familias normales posee una explicación económica muy obvia: el sistema social y político necesita de una estructura básica que está basada en el trabajo en pareja para sacar adelante a nuevos trabajadores y trabajadoras

que produzcan y consuman. Esta pareja estable ha de educar a sus vástagos para que sean capaces de adaptarse a una realidad que han heredado sin que protesten; para ello es necesario que asuman como algo *normal* y *natural* los salarios y los horarios de trabajo, y el funcionamiento socio-político, legal y económico de la realidad.

Fuera de este modelo estereotipado, las parejas interraciales, homosexuales, las parejas formadas por un menos de edad, los tríos, los intercambios de pareja y otras formas de amarse están invisibilizadas, a veces penalizadas y (casi) siempre al margen.

Hoy sabemos que nuestra cultura, a través de los mitos románticos, los estereotipos y los roles de género, sigue contribuyendo a la perpetuación de la desigualdad estructural de nuestra sociedad en dos clases, que se relacionan en base a la dependencia mutua. Por eso creo que el romanticismo fue y sigue siendo una herramienta de control social del poder patriarcal para influir y construir las emociones y los sentimientos de la población.

Lo curioso es que, a través de la globalización, las industrias culturales han logrado expandir el ideal romántico basado en la idea de la eternidad, la fidelidad, la felicidad y la armonía a todo el planeta. De modo que, mediante relatos mitificados (cine, televisión, canciones, novelas, etc.), la población occidental primero, y el resto de las sociedades después, se han visto seducidas por esta promesa idealizada que en la realidad es fuente de decepción y conflicto.

El sufrimiento y la frustración surgen cuando nos apartamos del canon de la pareja heterosexual y monogámica, o cuando, estando en pareja, las

expectativas de armonía y estabilidad emocional no se cumplen. Y es que las relaciones humanas son de por sí conflictivas, difíciles, dolorosas; así que cuando las encuadramos en estructuras rígidas disfrazadas de romanticismo, el dolor y el desengaño suelen ser todavía más intensos.

Fundamentalmente porque nos creemos los cuentos que nos cuentan cómo deberían ser las cosas; y porque existe una sanción social para todo aquel o aquella que se desvía de la senda de la “normalidad”. Un ejemplo es que el sistema amoroso y erótico está pensado para ser vivido de dos en dos; por lo tanto cualquier grupo humano que quiera vivir su sexualidad en estructuras más numerosas está rompiendo la norma o está yendo “contra natura”, y provoca escándalo social, con su consiguiente sanción social o incluso jurídica.

EL MITO DEL AMOR ROMÁNTICO

Los mitos son trucos narrativos para facilitar la integración de los nuevos miembros de la sociedad; surgieron como narraciones contra el terror de lo desconocido. También son guías emocionales; los relatos míticos nos ofrecen modelos de conducta, ejemplos a seguir, y sobre todo, nos hacen distinguir lo que está bien y lo que está mal. Por eso su principal función, además de integradora y moralizante, es el mantenimiento de la tradición cultural, y la perpetuación del statu quo socioeconómico y político.

Los mitos más importantes insertos en el modelo amoroso patriarcal son: el mito de la media naranja, el de matrimonio por amor, el mito de la eternidad del amor, la omnipotencia del amor, el mito del libre albedrío, el del emparejamiento, la heterosexualidad y la monogamia.

Como una enorme tela envolvente, sin embargo, tenemos los dos grandes mitos sobre los que se construyen los demás: el mito del príncipe azul/el guerrero valiente, y el mito de la princesa rosa. Estos dos mitos han servido de modelo para la construcción de las identidades basada en la falsa dicotomía de extremos opuestos con la que se ha construido toda nuestra cultura occidental. Bajo el supuesto de que el mundo se divide en pares de grupos, uno negativo y otro positivo, uno luminoso y otro oscuro, se ha construido una división artificial entre hombres y mujeres en estados “puros” que simplifica enormemente la inmensa variedad de identidades personales y colectivas que existen. Dividir la complejidad y riqueza de las formas de ser, de estar y de relacionarse, empobrece enormemente la realidad humana, y requiere un esfuerzo constante de cada individuo para adaptarse a lo que la sociedad espera de nosotras y de nosotros.

Bajo el sistema patriarcal, no sólo debemos aprender a ser hombres o mujeres de un modo definitivo, sino que además debemos aprender a relacionarnos con el otro grupo con las limitadas propuestas amorosas que se nos ofrecen. Y cuando rompemos con esos esquemas, debemos asumir la correspondiente sanción social o jurídica que la sociedad a la que pertenecemos nos impone, como es el caso de personas transgénero o intersexuales, relaciones homosexuales, o relaciones adúlteras al margen del matrimonio oficial.

Entendiendo el patriarcado como un sistema jerárquico en el que unos pocos ejercen su poder sobre hombres, mujeres, niños y niñas, animales domésticos y libres, recursos naturales y medioambiente, es fácil comprender que nos relacionemos en base a un sistema de dominación-sumisión que

reproducimos en casi todas las esferas de nuestra vida, principalmente en el ámbito laboral, sumamente jerarquizado, pero también en nuestras relaciones afectivas. Y todo lo hemos aprendido en el proceso de crianza, socialización e internalización de los valores de la cultura a la que pertenecemos.

LOS MITOS DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

Una de las principales características de la ideología de la virilidad hegemónica es la contención emocional; los hombres viriles han de ocultar sus miedos e inseguridades y dar siempre una imagen de tipo duro en cuya vida no tiene cabida la ternura, al menos no en el ámbito público. Todo lo que pertenece al ámbito de los sentimientos ha sido catalogado como “femenino”, por eso los hombres han sido educados para disimular continuamente su vulnerabilidad, para no expresar sus emociones más íntimas y para vivir sin herramientas emocionales que dificultan enormemente en ocasiones sus relaciones con padres, madres, hijos e hijas, amistades, etc.

En este sentido, al sufrimiento humano se le une el sufrimiento masculino que impide a los hombres encontrar las palabras con que desahogarse, y la posibilidad de optar por soluciones antiautoritarias que faciliten su convivencia con sus seres queridos.

Y es que la mayor parte de las representaciones simbólicas masculinas están basadas en héroes y guerreros sin sentimientos, eficaces, despiadados. Las emociones de los hombres son siempre contenidas, frente a las emociones femeninas, siempre desbocadas. Los hombres han colocado a los de su género en el epicentro de todas las historias y relatos, y han creado modelos

de héroes que se repiten por los siglos de los siglos y perpetúan una concepción de la masculinidad basada en el miedo a lo diferente, al otro. Por eso los supuestos patriarcales ensalzan la diferencia de los hombres viriles con respecto a los afeminados, las mujeres y los niños.

Uno de los primeros investigadores que puso el acento en el papel de los mitos, las cosmogonías, las leyendas, los relatos, las canciones, las historias bíblicas y las narraciones religiosas, fue Joseph Campbell, quien, a través de la estructura primigenia colectiva del *monomito*, explica que la aventura mitológica del Héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación.

El núcleo del monomito es el camino que recorre el Héroe de la historia, generalmente varón: separación-iniciación-retorno; es la misma estructura morfológica que la del Nuevo Testamento. En la modernidad, el género de la novela didáctica narra el proceso de aprendizaje, desarrollo moral y educación sentimental del joven Héroe, casi siempre de raza blanca, fornido, sumiso a las normas del orden patriarcal, y dispuesto a dar su vida por ellas. En el camino de aventuras, el joven quiere encontrarse consigo mismo, saber quién es, y convertirse así en un ser completo y maduro. Años más tarde, en el cine, la mayor parte de los relatos audiovisuales se construye como un proceso de aprendizaje donde el protagonista se transforma y madura a lo largo de la narración, como sucede en las películas de aventuras (Gil Calvo, 2006).

Gran parte de nuestras narraciones tienen como monotema los ritos de iniciación masculinos, con las mujeres como objetos de deseo o metas a conseguir, o como acompañantes de aventuras que complican la trama y

engrandecen aún más al héroe. Aún hoy, los hombres siguen siendo, de forma predominante, los protagonistas de las historias humanas en los videojuegos, las novelas, las películas de acción y de aventuras, los relatos deportivos, las películas sobre niños. En realidad, la mayor parte de los escritores y guionistas de éxito son hombres, de modo que no es difícil entender que quieran comprenderse, retratarse, exhibirse, e inventarse a través de los relatos.

Más difícil de entender es que aboguen todavía por una virilidad hegemónica violenta y destructiva, que sigan transmitiendo, transformados, los mitos arcaicos y que sigan ofreciendo los mismos modelos de virilidad agresiva y analfabeta emocionalmente; como ejemplo tenemos a todas las películas de acción encarnadas en figuras como Arnold Schwarzenegger, Sylvester Stallone, Jean Claude Van Damme, Steven Seagal, Bruce Willis o Nicholas Cage, entre otros muchos. Todos ellos hombres de pocas palabras, mucha sangre fría, pocos errores, y grandes misiones que llevar a cabo, como evitar la destrucción del planeta a manos de alienígenas, del poder soviético, del enemigo nazi, el terrorista islámico, el poder chino o un loco psicópata de grandes poderes.

En sus aventuras, los héroes masculinos han de derrotar a hordas de orcos, monstruos alados, ejércitos sin rostro humano, pero también han de atravesar desiertos, selvas impenetrables, lagos cenagosos, acantilados insalvables, tormentas huracanadas, y han de vérselas con dragones, reyes malvados, inteligencias extraterrestres, fuerzas robóticas, o demonios infernales que ponen a prueba su valentía constantemente. Mediante la acción, los protagonistas se superan a sí mismos, y logran salvar a la Humanidad o al país

al que pertenecen, desde Ulises hasta Terminator, pasando por Don Juan, un héroe cuya virilidad se basaba fundamentalmente en su capacidad de conquista, en la cantidad de mujeres que podía hacer caer en sus brazos; James Bond sería el Don Juan posmoderno, un hombre coleccionista de mujeres con las que jamás se compromete emocionalmente.

Los creadores de cultura siguen aferrados a los roles sociales de género y a los estereotipos rígidos que dividen la realidad en dos, cosificándola y simplificándola al extremo. Las historias de héroes masculinos nos siguen contando lo que los hombres deberían querer ser, no lo que son, y siguen adscribiendo la vulnerabilidad y la pasividad como elementos femeninos y negativos que, si no existiesen, no podrían definir tan bien lo que es un *hombre de verdad*, o un *hombre de acción*. Esta preferencia oposicional tiene su explicación también: las oposiciones y las negaciones otorgan a cualquier relato un conflicto, una tensión dramática necesarias para narrar una historia.

EL AMOR, LAS MUJERES Y EL MATRIMONIO

El primer deseo que se inculca en las niñas es ser amadas por sus padres primero, y por los hombres susceptibles de ser pareja, después. La importancia que han otorgado las mujeres al amor romántico es muy superior a la que le dan los hombres, porque a ellos se les enseña que el amor es algo más en su vida, no lo único ni lo más importante; en cambio a nosotras se nos ha educado para ser objetos de deseo y de amor. Desde el siglo XIX hemos devorado novelas, radionovelas, teleseries y demás productos románticos; en aquella época surgió un boom de lecturas románticas que invadió los corazones de las

mujeres del siglo XIX, a las que no se les permitía hacer nada sin vigilancia, de modo que sólo encontraban distracción e intimidad leyendo en sus habitaciones, y fantaseando con un príncipe azul que las colmase de dichas y acabase con el aburrimiento existencial que las invadía. Este boom de novelas románticas provocó que las niñas burguesas devoraran en sus casas fanstasías sublimadas, mientras esperaban encerradas a que su padre las casase con algún hombre de buena posición socioeconómica. Por ello la sociedad se escandalizó; el deseo de unir amor y matrimonio rompía con los tratos conyugales entre cabezas de familia que unían a sus vástagos para aunar fortunas y aumentar patrimonios. De Rougemont, en *Amor y Occidente*, critica este intento esquizofrénico de unir un pacto contractual (matrimonio) que pretende ser eterno, con la pasión amorosa, que por definición caduca con el tiempo.

Y es que, hasta entonces, amor y matrimonio habían permanecido bien diferenciados; pero es en el siglo XX cuando la gente empieza a poder casarse por amor. Hasta los herederos y herederas de las monarquías han acabado adoptando esta costumbre burguesa de unirse “para siempre” con amados o amadas, aunque su origen fuera “plebeyo”. O al menos, eso quieren hacernos creer; las bodas reales son hoy en día el relato amoroso mitificado por antonomasia, pues son producciones audiovisuales cargadas de mitos medievales y decimonónicos acompañados de un gran trabajo en sonido, iluminación, vestuario, escenografía, etc que sigue despertando pasiones entre la audiencia a nivel planetario (dos billones de personas vieron la última boda entre Guillermo y Kate, herederos al trono real británico).

LOS MITOS ROMÁNTICOS: PRINCESAS Y PRÍNCIPES

Las historias de amor desde la Antigüedad hasta nuestros días tienen una estructura narrativa básica repetida hasta nuestra actualidad en diferentes formatos y soportes: canciones, cuentos, películas, óperas, series de televisión, etc. El protagonista casi siempre es masculino y ha de abandonar su tierra, su familia, su amada, por una misión superior a él y a su existencia que lo lanza al mundo de lo desconocido. En su aventura supera todos los obstáculos y al final la recompensa será siempre una mujer, la princesa que espera en su castillo a ser rescatada. Un ejemplo de ello es Penélope, que esperó a Ulises durante veinte años, o la Bella Durmiente, que esperó nada más y nada menos que cien años.

La princesa del cuento es generalmente una mujer de piel blanca, rasgos suaves, voz delicada, que se siente feliz en un ámbito doméstico (generalmente un lujoso palacio, al cuidado de sus padres) y cuyas aspiraciones son muy simples y siempre orientadas hacia el varón ideal de sus sueños. La princesa es leal a su amado, lo espera, se guarda para él, y rechaza pretendientes, como hiciera Penélope durante más de veinte años esperando a Ulises.

Ella logrará su autorrealización en el gran día de su vida; la boda con el príncipe; y se convertirá en una mujer llena de amor y felicidad que quiere colmar de cuidados y cariño a su esposo y que además le dará hijos de cuya paternidad podrá estar seguro. Es una *mujer buena* frente a las *mujeres malas*, aquellas representadas como seres malvados, egoístas, manipuladores, caprichosos, insaciables, débiles y charlatanes. Las *malas* disfrutan

pasionalmente del sexo, pero a pesar de que atraen a los hombres por su inteligencia y sus encantos, no ofrecen seguridad al macho, que casi nunca las eligen para ser princesas ni les piden matrimonio. Son tan atractivas como peligrosas, por eso evitan enamorarse de ellas, como fue el caso de Ulises con Circe.

El príncipe azul se nos ofrece siempre como figura salvadora, del mismo modo que Jesucristo o Mahoma salvaron a la Humanidad de sus pecados. Nótese que en el caso de la Biblia, Eva es la mujer mala por cuya curiosidad y desobediencia los seres humanos fuimos condenados al dolor y la muerte. Sólo un Hombre como Jesús podía venir a salvarnos; pero ni con su muerte logró que su padre nos perdonase.

Jesús es un hombre bueno y valiente que cree en las causas justas y no le importa sacrificarse por ellas. Del mismo modo, el príncipe azul es un héroe porque pone la misión por delante de su propia vida. El príncipe azul es un hombre activo, saltarín, espadachín, gran atleta, buen jugador, gran estratega, noble de corazón. Es joven, travieso, algo ingenuo; a las mujeres les derrite este modelo porque es un ser valiente y bueno que necesita campo para correr y que pese a su gallardía, es tierno y dulce en la intimidad. El príncipe abandona sus graciosos saltitos para convertirse en un *verdadero* Hombre en todos los relatos, porque la aventura que vive es su rito de paso de la juventud a la adultez, dado que tiene que superarse a sí mismo para poder lograr su triunfo (el amor de la princesa rosa). Así podrá protegerla, enseñarla, amarla para siempre y hacerle muchos hijos.

El final de las historias siempre se establece en la boda, que alcanza su

máxima expresión en el *happy end* hollywoodiense: representa el triunfo para él porque por fin obtiene el merecido descanso del guerrero, y el de ella porque obtiene una recompensa a su capacidad de espera y de entrega. Las historias siempre se acaban ahí porque lo que viene a continuación ya nos lo sabemos: rutina y aburrimiento, problemas de comunicación y de convivencia, fin de la pasión, y multitud de vivencias que convierten al matrimonio heterosexual, en ocasiones, en verdaderos infiernos conyugales.

LAS RELACIONES AMOROSAS EN LA ACTUALIDAD

Estos mitos patriarcales siguen contribuyendo a perpetuar las diferencias de género y por tanto han constituido una barrera para el modelo ideal de *relación pura* (A. Giddens, 1995) basada en la igualdad sexual y emocional entre sus miembros. Son muchas las parejas que buscan una relación igualitaria sin luchas de poder; pero la dificultad para lograrlo es enorme, dado que la estructura democrática y capitalista en la que nos encontramos se sustenta sobre la división tradicional de roles que convierte a las relaciones amorosas en pareja en una necesidad para la supervivencia. Todo funciona cuando ellos trabajan, y ellas crían hijos e hijas, cuidan de familiares dependientes o ancianos, y se encargan de la nutrición, la higiene y el bienestar de todos los miembros de la familia.

Pero cuando las mujeres se incorporan al mercado de trabajo, se encuentran con una doble y triple jornada laboral que no solo las agota, sino que les resta energías para el amor y la "felicidad". La lucha de las mujeres para lograr que los hombres compartan responsabilidades se traduce en

batallas domésticas que deterioran la pareja porque van en contra de los cuentos que nos han contado desde la infancia. Y es que creo que son muchos los hombres y mujeres que no están dispuestos a despojarse de las ventajas adscritas a su condición genérica; y eso hace más difícil aún el camino hacia la igualdad.

Muchos autores y autoras han hablado de la crisis de masculinidad posmoderna que aqueja a los hombres educados en la tradición patriarcal; los modelos de virilidad de sus padres no les sirven, y mucho menos los de sus abuelos. El rol de principal proveedor de recursos de la familia va disminuyendo en importancia desde que las mujeres se han incorporado al mercado de trabajo y sus salarios han comenzado a igualarse a los de los hombres. Tampoco su rol de cabeza de familia tiene mucha importancia ahora que todo es negociable dentro de la estructura social básica: hijos e hijas exigen una flexibilización de las normas y un mayor grado de participación en ellas; hoy todo se arregla hablando, y la autoridad indiscutible del *pater* se ve puesta en entredicho por esta nueva democracia familiar. Ni siquiera son necesarios para la reproducción gracias a la tecnología y los bancos de semen; de modo que parecen encontrarse un poco perdidos en la falta de modelos de virilidad no patriarcales.

Paralelamente, algunas mujeres siguen reclamando al macho como objeto de deseo; quieren hombres sensibles que no pierdan su rudeza, hombres cultos que no pierdan su gamberrismo juvenil, hombres fuertes que también sepan de poesía. Muchas siguen, también, deseando ser tratadas como princesas que tienen frío, que no pueden saltar un charco por los tacones que calza, que no pueden arreglar un enchufe porque ellas no saben de eso.

Son muchas las que exigen a los hombres que se adecúen a su idea mitificada de lo que debe ser un marido o de cómo debe transcurrir un noviazgo según los cánones del romanticismo patriarcal, en el que ellos deben dar constantes pruebas de amor sin llegar a ser pesados. Han de hacerse desear, pero no descuidar las necesidades y deseos de ellas, que disfrutan, de algún modo, de la ventaja de ser mujer, bien infantilizándose, bien victimizándose (Gil Calvo, 2006).

Las mujeres posmodernas ya no quieren ser tratadas bajo la clasificación de *mujeres buenas* (las santas, las madres, las esposas) o *malas* (las putas, las mujeres libres e independientes), y exigimos el trato de compañeras. Cada vez más, aspiramos a relaciones en las que los hombres no escapen buscando sus momentos de libertad constriñendo paralelamente la nuestra. Deseamos relaciones basadas en el buen trato, en la sinceridad, en la complicidad total; por eso perdonamos menos el adulterio masculino. Si nuestras abuelas *hacían la vista gorda* o lo asumían como parte natural de la condición viril, hoy pocas asumen la promiscuidad masculina como algo “inevitable”.

Paralelamente, en la actualidad no hay apenas *mujeres buenas* que lleguen vírgenes al matrimonio y ofrezcan a los hombres una lealtad eterna, una fidelidad a prueba de bombas, un amor eterno e incondicional, un autosacrificio en pos del bienestar del otro. Por eso se rebelan y no quieren ya cargar con todo el peso de las tareas del hogar y la crianza exclusiva de niños y niñas, con lo cual el mito de la princesa abnegada y sacrificada se revela en un sueño imposible de alcanzar.

A las mujeres les ocurre lo mismo por el alto grado de expectativas que ponen en el logro de hallar un príncipe azul que las ame para siempre, que las proteja, que las trate como a reinas, que las liberen del trabajo asalariado y el doméstico. Muchas dedican una gran cantidad de tiempo y energía en encontrar el amor de su vida, pero ellos sufren en gran medida un síndrome de evitación con respecto a los compromisos sentimentales que exagera, en alguna medida, la ansiedad femenina por encontrar un compañero. En este juego de huidas y persecuciones, los hombres posmodernos aún entienden el principio patriarcal por el cual los varones deben defender celosamente su libertad y no dejarse cazar hasta que no llegue el momento (la treintena alargada hasta el final) o la princesa adecuada. Y esto provoca unos conflictos fuertes por un tema de intensidades desiguales, de deseos y expectativas diferentes, de miedos y dependencias compartidos.

Porque las mujeres también tenemos una tensa contradicción entre nuestra necesidad de independencia económica, de autonomía personal, de libertad de movimientos, y a la vez, una gran necesidad de relacionarnos afectivamente, de llenar la soledad que nos acompaña en el camino. Existe una profunda contradicción también entre la teoría feminista y la estructura sentimental interna, que aún es patriarcal y requiere de un trabajo constante para ser controlado o transformado. Estas estructuras sentimentales, creo, son más difíciles de cambiar que las leyes o la ideología porque se encuentran insertas aun en todos los relatos, en todos los soportes, y en nuestro sexo y nuestros sentimientos. Es más fácil asumir la teoría por la cual es necesario

establecer relaciones igualitarias exentas de luchas de poder o distinciones de género; pero llevar a la práctica el desapego, la generosidad, la eliminación de los miedos y del egoísmo, siempre es más complicado. Nuestra estructura emocional es aún patriarcal, y costará mucho tiempo superar las divisiones de roles y los estereotipos de género, no solo en las relaciones heterosexuales, sino también en las homosexuales.

Y es que el amor romántico nació junto con la filosofía del “sálvese quién pueda”, y hoy nos ha creado una falsa esperanza como vía de salvación individual de cada cual, una promesa de felicidad basada en la pasión intensa o la armonía conyugal que se derrumba con el tiempo. Por eso hoy, más que nunca, el amor romántico es una utopía emocional y colectiva, una especie de religión individualista que nos promete una fuente de sensaciones agradables y placenteras constante: frente a un mundo desigual, plagado de guerras, injusticias, hambrunas, y jerarquías de poder, la pareja se presenta como un refugio de amor para olvidarse de la sociedad cruel e imperfecta.

Amar y ser amados se nos vende como el estado ideal que toda persona querría alcanzar; y la prueba de que esto es cierto es la cantidad de matrimonios y divorcios que existe en las sociedades posmodernas; todo el mundo se casa y se separa en busca de este amor idealizado, que colme nuestras ansias de sentirnos queridos y nuestro horror al vacío y a la soledad.

PROPUESTAS PARA EL AMOR EN EL SIGLO XIX

La propuesta para superar este modelo amoroso tan cerrado en sí mismo es sustituir la necesidad por la libertad; esto es, querernos los unos a los otros desde la apetencia, no desde la presión social que nos exige encontrar a la persona adecuada para nosotros, no desde la desesperación por olvidar la soledad que nos acompaña de la cuna a la tumba, no desde la imposición de la heterosexualidad y la monogamia obligatorias.

Yo propongo expandir el amor hacia la colectividad, esto es, potenciar nuestras relaciones amorosas con el vecindario, con el barrio, con el pueblo en el que se vive. Abrir el amor para compartirlo con la gente facilitaría la organización de la gente en redes de cooperación y ayuda mutua, y permitiría la construcción de una sociedad más igualitaria, más abierta y generosa.

Por ello me sitúo más en la línea de Marcuse que en la de Freud al hablar de la expansión del Eros a los demás; Freud pensaba que el sistema capitalista colapsaría si todos nos dedicásemos a amarnos los unos a los otros. Dado que el sistema no parece estar funcionando bien en el reparto de la riqueza y la reducción del sufrimiento humano, quizás ha llegado la hora de romper con los esquemas amorosos represivos de la tradición patriarcal, cuestionar las verdades dadas por supuestas, reconstruir nuestros sistemas afectivos, sociales, económicos y políticos... . Una vez liberados/as, podremos ampliar y enriquecer nuestra capacidad para querernos y para trabajar unidos por mejorar nuestro mundo, y transformarlo en un lugar más habitable, más diverso, más justo, más libre, más amoroso.

CORAL HERRERA GÓMEZ

BIBLIOGRAFÍA

- 1) BONINO, JOSÉ LUIS (1997): "*Deconstruyendo la normalidad masculina*". Conferencia para la Asociación Española de Clínica y Psicoterapia Psicoanalítica.
- 2) BADINTER, ELISABETH (1993): *XY: La Identidad Masculina*, Madrid, Alianza.
- 3) BOURDIEU, PIERRE (2000): *La dominación masculina*, Barcelona, Colección Argumentos, Anagrama.
- 4) CAMPBELL, JOSEPH (1964): *Las máscaras de Dios: Mitología occidental*, Madrid, Alianza Editorial.
- 5) DE BEAUVOIR, SIMONE (1949): *El segundo sexo. La experiencia vivida*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX.
- 6) DE ROUGEMONT, DENIS (1939; 1976): *El amor y Occidente*, Barcelona, Editorial Kairós, (8 ed.).
- 7) GIL CALVO, ENRIQUE (2006): *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona, Anagrama.
- 8) GIDDENS, ANTHONY (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*", Madrid, Cátedra.
- 9) PEREDA, ROSA (2001): *El Amor: Una historia universal*, Madrid, Espasa Calpe.